

Palabras y Resistencias de Mujeres del Putumayo en el Contexto del Conflicto Armado Colombiano¹

Alejandra Miller Restrepo

Universidad del Cauca

Resumen: Este artículo muestra parte historias de vida de mujeres desplazadas del Putumayo, Colombia. Mujeres que han tenido que asumir trabajos adicionales y roles asignados tradicionalmente a los varones, incluyendo el trabajo físico, la jefatura del hogar y la provisión de alimento y protección para sus familias. Estas voces de mujeres narran lo que ocurre cuando los hombres pierden su condición y recursos y ellas deben asumir toda la responsabilidad económica, sufren de depresión y son las víctimas directas de la violencia doméstica.

Palabras clave: historias de mujeres, roles, violencia, jefatura, víctimas.

Abstract: *This article shows the stories of women in Putumayo, Colombia, displaced women that have to assume additional tasks and roles traditionally allocated to men, including physical labour, heading the household and providing food and protection for their families. This women voices tell us what happen when men lose their livelihoods and their resources, and women not only must assume all economic responsibility but also suffer form depression and they are the direct victims of domestic violence.*

Key words: *stories of women, roles, violence, victims, leadership.*

*(...) a donde vamos quieren eliminarnos,
que no interfiramos en sus propósitos
y sus intereses... mi preocupación es que ellos
no entiendan que todos tenemos derecho
a ocupar un espacio (...)
Mujer desplazada del Putumayo*

¹ Este artículo forma parte de los hallazgos de la investigación "Palabras, Representaciones y Resistencias de mujeres en el contexto del conflicto armado Colombiano", promovida y financiada por la Ruta Pacífica de las Mujeres de Colombia, movimiento feminista contra la guerra.

En el Putumayo, como en tantas zonas de Colombia, se percibe en el sentimiento y en el cuerpo de las mujeres y sus habitantes una dicotomía feroz entre la cotidianidad, las aspiraciones y deseos de paz de quienes habitan este territorio signado por las distintas violencias que ejercen los actores armados legales e ilegales que lo usurpan. A través de las voces de mujeres del sur del país, recorremos el camino de la violencia cruzada que ellas viven y entendemos que con cada paso hacia el interior de esta realidad, la violencia reconoce rostros, sueños y esperanzas de mujeres que con su presencia y voz le dan un sentido distinto a la tarea de investigar.

Las mujeres del departamento del Putumayo que superando el dolor producido por sus duelos aún no resueltos y que de manera valiente narraron sus historias, tienen sobre sí la huella del doble exilio: el primero, generado por la expulsión de sus familias campesinas del interior del país y que fueron quienes originaron los procesos de colonización de esta región durante todo el siglo XX, en los que grupos de todo el país, en especial del Cauca y de Nariño, se desplazaron hacia estos territorios de frontera buscando superar la pobreza, aprovechando las diversas oleadas de bonanzas que ofrecían en el sur de Colombia, las economías de enclave y después el cultivo de la coca. El segundo exilio se produjo por los efectos de la guerra que hace más de 10 años azota la región y que las despojó de sus tierras, su historia reciente y sus afectos, obligándolas a desplazarse hacia las ciudades.

Estas historias de doble desarraigo se expresan en el cuerpo de las mujeres que muestra de manera permanente las líneas de dolor y sufrimiento pero nunca la desesperanza; cuerpos capaces de continuar construyendo en medio del dolor, cuerpos que se resisten a los pactos de omisión de una sociedad que las invisibiliza, cuerpos que no saben olvidar, al menos no con tranquilidad.

Las mujeres protagonistas de estas historias de vida, más que razonamientos, han descrito sus sentimientos desde sus cuerpos testigos, sobrevivientes y resilientes, desde sus territorios tomados en los que a pesar de todo resisten; de sus palabras emergen profundos significados de solidaridad, esperanza, pero también es la posibilidad de expresar su dolor y rabia por lo que les ha tocado vivir.

Estas palabras y percepciones se convierten entonces, a su vez, en testigas de los efectos de la guerra en la vida de las mujeres del Putumayo y de las repercusiones que esto tiene, no sólo para ellas, sino

también para el desarrollo de los pueblos. La guerra favorece la desaparición de las tradiciones y saberes femeninos, la guerra homogeniza el pensamiento, la guerra también coloniza el mundo de las mujeres

Por lo patriarcal de la sociedad colombiana, en la guerra, desde las instituciones y la sociedad, la diferencia sexual y de género es un condicionante que invisibiliza a las mujeres como víctimas del desplazamiento y únicamente se les reconoce desde la victimización, lo que acarrea invisibilizar de manera simultánea toda huella traumática para reclamar el reconocimiento de la memoria de la violencia (rol particular de las mujeres). De tal manera que en este contexto de ignominia los procesos de justicia y reparación no son importantes para la sociedad y el Estado.

Desde la perspectiva anterior, las páginas siguientes muestran la realidad de seis mujeres del Putumayo que narraron sus historias en un proceso de investigación, lo cual nos permitió indagar, escuchar, dejar que las voces de las mujeres fluyeran y fueran escuchadas sus múltiples identidades que deben asumir para sobrevivir a la guerra y para continuar con la esperanza. La investigación se centró en la metodología de las historias de vida, reconocidas por las ciencias sociales como “tradiciones orales que rompen linealidades previstas y esperadas por los dominadores”. Así Walter Benjamín reconoce que “la historia es el dominio de la clase dominante, mientras que los subordinados se relegan al campo de la tradición” (Corrales, 2003). Las historias de vida permitieron hacer eco de la valoración de la subjetividad (tan cuestionada y ridiculizada cuando en general se alude a la mujeres) que equivale a una consideración afirmativa de las configuraciones que de sí mismas hicieron las que relataron sus experiencias. Las variables para analizar las historias de vida fueron: dimensiones de la vida familiar; dimensiones personales y culturales sobre la afectividad, la sexualidad y el cuerpo; dimensiones de la vida comunitaria, formas de resistencia y respuestas de las mujeres al conflicto armado en lo público y lo privados; representaciones de sí mismas en el conflicto armado y representación del conflicto armado.

Quienes narran, en parte, su vida

Las seis mujeres del Putumayo que nos contaron su historia oscilan entre 37 y 53 años de edad, ninguna de ellas es oriunda del Putumayo, fueron llegando al territorio en las distintas oleadas de colonización y

por diversas razones, entre las que cuentan la necesidad de tener tierra para cultivar y las bonanzas (cauchera, petrolera, cocalera) que auguraban mejores condiciones de vida para las nuevas familias. Las seis mujeres provienen de zonas campesinas del Cauca y de Nariño, llegaron al Putumayo cuando eran niñas o adolescentes y les quedó en el cuerpo una primera huella del desarraigo de su tierra de origen. Una de ellas es analfabeta y otra ha alcanzado estudios superiores, el resto tiene algún nivel de primaria o bachillerato. Todas son madres y han sido afectadas de manera directa por el conflicto armado en la región; de ellas, cinco se encuentran en situación de desplazamiento y se consideran hoy jefas de hogar.

La niñez y adolescencia: “El primer desarraigo”

Las seis mujeres, que provienen de familias campesinas e indígenas, manifiestan en forma permanente a través de la palabra y el llanto la idealización de la tierra de la que tuvieron que salir cuando eran niñas o adolescentes, porque ya no había espacio suficiente para cultivar o porque sus padres creyeron encontrar en el Putumayo la oportunidad para solventar la pobreza: “(...) cuando ya nosotros, por falta de terreno ya nos tocó que trasladarnos para acá en búsqueda de que hubiera más terreno para poder sobrevivir, luego nos trajeron para acá”. En muchas oportunidades, a las madres de las seis mujeres les tocó asumir la responsabilidad del hogar y el apoyo económico porque sus padres, aunque los reconocen como proveedores “eran muy dejados con la familia” o porque quedaron viudas. En la primera circunstancia explican que en ocasiones sus papás no respondían por su obligación por desinterés, por abandono o porque se gastaban el dinero en otras actividades: “Como mi papá era liberal, él tenía muchos enemigos que lo buscaban para matarlo, entonces a mi mamá le tocaba quedarse sola con nosotros y a ella le tocó trabajar muy duro para ayudarlo, de pronto mi papá era un poco dejado y le tocaba a ella hasta hacer empanadas (...)”.

No obstante lo anterior, la autoridad y las decisiones son tomadas en la mayoría de los casos por una figura masculina (padre, abuelo, padrastro, hermano mayor); sólo cuando no hay presencia masculina, las decisiones pueden ser tomadas por las mujeres:

Mi papá tenía más autoridad porque él quería que lo él diga eso sea (...) era más autoritario (...) uno no podía decir nada, no podía reprochar nada (...); las decisiones las tomaba mientras mi papá vivió. Aunque yo se que le consultaba

mucho a mi mamá, ellos hablaban. Después de que él murió, si ya le tocaba a mi mamá y mi hermano mayor; (...) después de que ya pasamos de ser niños, él siguió trabajando (hermano mayor) como si él hubiera sido el hombre de la casa. Que pues él era, el era el que trabajaba, ya a mi mamá ya no la dejaba trabajar, sino que, mi mamá y yo nos quedamos en la casa cocinando y haciendo todo lo de la casa, lavando y era él que se entendía con los trabajadores, y animales de afuera, y era el que determinaba: tal cosa vamos a hacer hoy, tal cosa en la semana y así, era el hombre de la casa, yo lo considero como la persona que determinaba todo allá.

En todos los casos se asumen roles y jerarquías de las familias convencionales. El rol de las madres es atender a los hijos y las hijas y esposo, darles afecto, realizar las labores domésticas, tejer y criar animales domésticos para ayudar en el sustento familiar; en estas labores educa a las hijas, quienes deben apoyarla en la crianza de los hermanos(as) menores. Los padres trabajan en su mayoría en labores agrícolas y los hijos deben apoyarlos en estos trabajos. Los hombres no realizan tareas de la casa, sin embargo, algunas veces las niñas deben ayudar también en el campo:

(...) la pobre... mi mamá tenía muchas funciones, le tocaba estar pendiente del marido, de los hijos, se puede decir que de todo, porque mi papá fue un poquito dejado con nosotros; me tocaba lavar, cocinar, lavar loza y dejar arreglado todo (...) los varones eran sus oficios de afuera nada más, a los hombres no les enseñaban a hacer nada de lo que era adentro de la casa porque eso era de las mujeres (...) ellos trabajaban boliando machete y cuando no pues descansando (...) nosotras nunca descansábamos (...).

Otra de ellas dice: “En esa época la función de mi mamá, pues, era cocinar, atender la casa, atender los obreros y atendernos a nosotros y también participar en algunas reuniones de la comunidad (...) las funciones de mi papá, en ese tiempo era, llevar a la casa lo que necesitábamos, lo que nos hacía falta, en cuanto a la comida”.

Los conflictos familiares se presentan, en todos los casos, por distintas formas de asumir el poder al interior de las familias, por los padres celosos, autoritarios y los excesos con el alcohol:

(...) un día que él llegó borracho, había tenido discusiones con mi mamá y nosotros no sabíamos, cuando llega a buscarla y la busca por toda la casa, creo que llevaba un cuchillo en la mano, él estaba super... así, pero diga, alocado. Verlo en esa acción ¡uff! Para mí fue una imagen terrible. Y desde allí yo le perdí como se dice el amor y sentía mucho miedo.

Sólo una de ellas plantea que el mal genio de su madre era lo que generaba conflictos. Las infidelidades del padre son también motivo de conflicto: “(...) mi papá no, a mi mamá no la maltrataba en golpes pero

de pronto con otra mujer sí, únicamente mi papá conseguía mujeres por ahí, y de todas maneras mi mamá no le iba a gustar”. El silencio de las madres frente al conflicto es una constante en todas las familias, motivado por el temor a la agresión de los esposos o por el temor a quedarse solas: “(...) mi mamá sufría calladamente porque mi mamá no era una de esas personas que fuera agresiva ni fue altanera ni fue grosera, ella sufría todas sus consecuencias en silencio”.

Cuando parecen los padrastros, los conflictos se presentan por intento de abuso sexual hacia las hijas, sin que la madre intervenga: “(...) yo le decía en el caso en que pues los hombres se iban a seguir aprovechando de nosotras (...) Me llegaron a querer abusar de mí (...) Yo sentía que ella (mamá) se sentía mal pero ella nunca me decía nada, ella no (...) Ella guardaba silencio, ella no me decía nada”. Las peleas entre hermanos y hermanas también son comunes, especialmente porque ellos quieren imponer sus criterios: “ellos tratan de mandar en la familia”. Desobedecer las órdenes de las personas mayores genera conflictos entre padres/madres e hijos e hijas. La mayoría de las familias utiliza el castigo físico como forma de resolver los conflictos: “(...) y me pegó con rejo, me dio una pela durísimo eso me dejo moreteada, yo ya estaba como grandecita yo tenía como unos 15 años yo no salía porque me daba pena que me miraran los pies morados”; “(...) los fuetazos que él le daba a uno, con uno solo que le dieran era para sacarle verdugones de sangre a uno en los pies (...)”.

La madre juega un papel esencial en la dimensión afectiva, es ella quien a través de los consejos, la educación y la permanencia física, genera lazos de afecto entre la familia:

(...) el mejor recuerdo de mi niñez era mi mamá, porque mi mamá me enseñó a ser juiciosa, una mujer buena, y la mamá es mamá y el papá se encuentra, papá es cualquiera (...) porque si así es, papá es cualquiera y ya, así es, mamá no se encuentra detrás de la puerta y papá cualquiera (...).

A pesar de que en la mayoría de los casos son las madres quienes ejercen el castigo físico, el vínculo con las hijas es muy grande. “(...) Me gustaban más los consejos de mi mamá porque mi mamá me los daba. No como regaño sino como consejos, en cambio mi papá si era más drástico (...) pero como bravo a toda hora regañándonos”. Se le reprocha a la madre *sus silencios* y resignación frente al abuso sexual por parte del padrastro o por el maltrato físico y psicológico que ejerce el padre. En el contexto social, la afectividad de las niñas está dada por su relación con otras niñas y niños, en especial en el espacio escolar que

es el único en el que pueden compartir actividades con los varones, y a través de los juegos que siempre son diferenciados. Todas las mujeres mencionan a sus maestras, como mujeres que aunque las castigaban, les daban afecto y las influenciaron en su niñez. Las condiciones culturales no permitían que existieran demostraciones de afecto entre el padre y la madre o hacia los hijos/as. No existían demostraciones de afecto entre la pareja: “(...) mi papá y mi mamá no se demostraban cariño entre ellos dos, nunca les conocí una caricia a ellos, mi papá era muy apático, ellos no se demostraron ese amor que una pareja debe tener, nunca lo vi (...)”.

Los sueños de la niñez para las mujeres están, en todos los casos, asociados a la posibilidad de estudiar para ganar poder al interior de la familia y la comunidad: ser profesora, enfermera, actriz, siempre un quehacer que está ligado a la función cultural de ser mujer, pero que al mismo tiempo tiene un importante reconocimiento social, que genera poder en estas comunidades rurales. Al relatar sus historias siempre aflora el llanto cuando recuerdan que: “ninguno de los sueños se cumplió”, “mi sueño era ser algo importante, ser alguien en la vida (...) prácticamente no fue posible, los sueños todos fueron perdidos”. Como mujeres soñaban con ser madres y fue el único sueño que la sociedad y la cultura les permitió tener. Podríamos afirmar que este sueño hace parte de la imposición cultural.

La sexualidad es un tema que no se toca en casa, sin embargo, en las prohibiciones que se hacen a las niñas, está implícito y siempre asociado el concepto católico de la virginidad como el aspecto de dignidad más importante para las mujeres, especialmente dadas las condiciones de pobreza en la que viven:

Hacerse respetar es no dejarse burlar de los hombres, porque a veces los hombres quieren utilizar a la mujer, solamente para tener las relaciones sexuales, o lo engañan a uno, le prometen a uno que se van a casar, que lo van a apoyar mientras se burlan decía mi mamá mientras se burlan y ya no la voltean ni a ver, lo que hacen es desprestigiarla y la que lleva del bulto es siempre la mujer ¿no?, tiene que responder de todas formas sola.

De igual manera, la calificación de niñas buenas o malas está asociada a la manera como éstas viven su sexualidad: las niñas buenas son de la casa, no tienen novio y no se embarazan; las niñas malas andan en la calle, tiene novios, etc. “Ser niña mala era ser grosera, desobediente y acostarse por allí con el que primero le proponga”. Ser una niña buena “(...) era prácticamente no tener novio, sólo estar en la

casa y no más que hacer los oficios (...)”. Las mujeres consideran que la presencia del padre es importante porque permite ejercer vigilancia y control sobre el cuerpo de las mujeres de la casa y mostrar a la comunidad que deben respetarlas.

El cuerpo de las niñas es invisibilizado por ellas mismas, sus familias, la sociedad y la Iglesia. El cuerpo sólo aparece en la dimensión de la sexualidad pero para cuidar de la virginidad: “me infundieron bastante sobre el cuidado del cuerpo humano frente a un hombre, o sea, que uno no debía ser deshonesto, que uno no debía entregarse rápido a un hombre que luego quedar en embarazo, sobre todo eso fue para mí lo que me ha marcado hasta ahora (...)”. Ninguna de las seis mujeres hace mención al cuerpo en términos de gustos o cuidado del mismo. La única referencia al cuerpo la hacen cuando manifiestan que cuando se enfermaban, sus madres las curaban con remedios caseros.

Todas las mujeres vivían en zonas rurales, que idealizan y añoran por la conexión con la tierra y la ausencia de violencia. Hay total coincidencia en la *tranquilidad* que había en sus épocas de infancia, el conflicto armado es para ellas algo reciente, no hay recuerdos específicos de la violencia liberal-conservadora de mediados de siglo:

en ese tiempo no había violencia, ni nada, ni se conocía violencia, todos dormíamos afuera porque nos hacía calor adentro, ahoy ya no se puede dormir afuera, no se compara como ahora tanta violencia; (...) era una tranquilidad que uno podía estarse hasta las cuatro, cinco, seis de la mañana todo una noche y a uno le pasaba nada, era tranquilo porque la gente no se moría así matada o asesinada sino que en ese tiempo la gente moría por enfermedades del cuerpo (...).

Para las mujeres la autoridad comunitaria está siempre representada en una figura masculina (alcalde, inspector de policía, presidente de la Junta Comunal, sacerdote) y las instituciones más importantes son la Iglesia y la escuela: “(...) la persona más importante era el presidente de la Junta Comunal que siempre era hombre porque prácticamente en ese tiempo lo que era a las mujeres no nos tenían en cuenta para nada”.

Los conflictos comunitarios se presentan, casi siempre, por riñas entre los hombres de la comunidad cuando ingieren alcohol, algunas veces por la mala utilización de los recursos que llegan a la comunidad: “(...) los hombres eran peleones por esas borracheras que se pegaban con guarapo, no faltaba, si iban a festivales que salieran peleando,

peleaban a garrote y a piedra (...); “en la comunidad se peleaban a veces porque algunos líderes serruchaban con los recursos”.

Además de la escuela y algunos lugares de socialización como los ríos, las niñas participan de manera permanente en las actividades de la Iglesia, quizá por una educación religiosa rigurosa en la familia, influye en el proceso de formación de la personalidad y el carácter de las niñas, volviéndolas mujeres sumamente religiosas: “(...) a veces en Navidad, en las novenas que los vecinos acostumbraban a hacer en los velorios, así era donde yo más iba y participaba (...)”. La relación con las personas adultas se da en esos espacios: actividades, festivales y eventos programados por la Iglesia y en ocasiones con las vecinas.

Para las mujeres la organización y la participación comunitaria no eran acciones sociales que se impusieran con fuerza y en esos lugares rurales del sur del país, ninguna de ellas hacía parte de organizaciones infantiles o juveniles; nuevamente, los espacios de participación se reducían para las mujeres y las niñas, a las actividades de la Iglesia. El único espacio de participación y organización que recuerdan era la Junta de Acción Comunal, pero estaba reservado para los varones:

No pertenecía a ninguna organización comunitaria porque en ese tiempo, en esa época no había nada de organización (...) En ese tiempo no se hacían esas organizaciones que se hacen ahora que uno hace grupos (...) en ese tiempo no había organización, pero cuando iba el padre a la misa yo era la primera que estaba allí.

En términos generales, durante su niñez, las mujeres del Putumayo hacían parte de familias patriarcales, en donde sus madres y ellas mismas son propiedad de los padres y esposos. Los roles tradicionales asignados a hombres y mujeres generan enormes desequilibrios de poder en las familias, reforzando el papel autoritario de los varones. Los conflictos los enfrentan con la violencia intrafamiliar a pesar de ello, dicen que “la violencia no existía en ese tiempo”, es decir, para ellas este término sólo se acuña a la violencia política. No hay nociones claras de la violencia estructural.

Mujer adulta, antes de la situación directa de conflicto: “Entre el primer y el segundo exilio”

Las familias de las seis mujeres estaban conformadas por ellas, sus compañeros, hijos e hijas y en algunas ocasiones yernos, nueras y nietos/as. Antes del conflicto, a excepción de una, son mujeres que

viven con sus compañeros, cuatro de ellas en zonas rurales del Putumayo y dos en los cascos urbanos.

Antes del conflicto, la mayoría de ellas y sus compañeros eran líderes y lideresas comunitarios(as), formados por la Iglesia:

(...) el sacerdote Alcides (...) me había mandado un mensaje con un hermano: que si yo quería trabajar con él en un programa que tenía acá en el Putumayo y entonces quería que yo me viniera a trabajar, (...) yo trabajaba con el padre Alcides y gracias a él empezó a surgir la organización comunitaria y de las mujeres.

La mitad de las mujeres (tres) manifestó que trabajaban al igual que el esposo y aportaban económicamente al hogar y, por lo tanto, algunas decisiones se tomaban de manera compartida: “yo creo que como los dos trabajábamos, pues yo también tomaba decisiones”; una de ellas tomaba las decisiones de manera conjunta con su hijo mayor, y las otras dos tenían esposos autoritarios que tomaban todas las decisiones de manera unilateral. Lo anterior significa una fuerte asociación entre la provisión económica y el poder al interior de las familias, las mujeres que aportaban económicamente en el sostenimiento familiar, tenían mayores posibilidades de tomar decisiones. Sin embargo, en todas prevalece el rol de madres cuidadoras de los hijos(as), el esposo y el hogar, recargando los procesos de doble y triple jornada (empleo, comunidad, hogar) para las mujeres, sin que ellas siquiera se lo cuestionen.

Las mujeres que trabajan en el hogar, realizan además labores agrícolas y cría de animales domésticos, labores que no son reconocidas por ellas o sus familias como aporte económico. Los roles de hijos e hijas son similares a los vividos en sus hogares durante la infancia, con la diferencia que ellas dan gran importancia a la educación de las niñas y al trabajo de las hijas mayores: “yo sí quería que mis hijas pudieran estudiar y ser lo que yo no pude, una de ellas es enfermera”. Los hijos mayores deben aportar económicamente a la familia, una vez que empiezan a trabajar y asumen de inmediato espacios de poder en la toma de decisiones. Los valores familiares se fundan en la educación católica y la virginidad continúa siendo importante para la formación de las hijas:

yo sí le hablo a mis hijas que se hagan respetar, que se hagan respetar la dignidad de la mujer, que estudien y no se embaracen; (...) es decir que los adolescentes hoy en día deben ser educados para tener una relación sana, hermosa y querida

por Dios, o sea, la responsabilidad más que todo que los niños y las niñas tengan una relación a su debido tiempo y con mucha responsabilidad.

No todas las mujeres mencionan las razones de los conflictos familiares ahora que son adultas. Algunas mencionan problemas de infidelidad: “mi esposo se fue un año de vacaciones con otra muchacha (...)”. El mal carácter y el autoritarismo de sus esposos dejan entrever comportamientos de maltrato físico y verbal por parte de ellos: “me maltrataba, al trabajar me dejaba todos los oficios a mí, ha sido muy violento (...)”.

La dimensión afectiva está muy marcada por el afecto y el amor que ellas profesan hacia sus hijos e hijas, con quienes comparten más tiempo. Es evidente su condición de dadoras de afecto y protección a sus familias: “Allá en el pueblo yo me mantenía cuidándolo y protegiéndolo para que no le pasara nada (al esposo)”. Sus sueños en ese momento están orientados a la posibilidad de sacar adelante a sus hijos e hijas (en términos educativos, sociales y económicos). Mencionan el afecto que tienen hacia sus hermanas/os, sobre todo, una enorme gratitud hacia sus madres: “yo soy la mujer más feliz del mundo con mi mamá porque ella nos supo crecer sola”, “lo más importante es mi mamá porque ella me enseñó a ser una mujer buena (...)”. El amor al trabajo comunitario por parte de algunas hace que este ocupe un importante lugar en sus afectos, ya que se sienten, de alguna manera, valoradas y reconocidas en lo que piensan y hacen, en especial, dos de ellas que tenían una vinculación importante con las organizaciones de mujeres creen que en ese espacio son valoradas por las compañeras. No mencionan la existencia de expresiones de afecto con sus parejas.

No hay suficientes referencias a la dimensión sobre la sexualidad en este momento de sus vidas. Lo único que mencionan son los consejos que dan a sus hijas para que “se hagan respetar de los hombres” y la participación en algunos talleres sobre sexualidad que se han dictado en el puesto de salud, en este sentido se traslada la importancia de la virginidad a los valores de las hijas.

El cuerpo es invisible para ellas, no aparecen patrones de belleza que las hagan sentir bien o mal respecto a su cuerpo, posiblemente por las condiciones de pobreza y marginalidad rural en la que la mayoría de ellas vive, lo que las hace distantes de los esquemas de belleza del mundo occidental masificado desde los medios de comunicación que

ofertan a las mujeres cual objeto de decoración. Sólo una de ellas menciona la importancia de tener un cuerpo sano, porque es lo que le permite trabajar: “yo nunca me he enfermado, y por eso puedo trabajar en lo que sea (...)”.

Cuatro de las seis mujeres ejercían un importante liderazgo en sus comunidades; antes de ser afectadas por el conflicto pertenecían a distintas organizaciones comunitarias mixtas y de mujeres, trabajaban como promotoras de salud, promotoras comunitarias y en proyectos de seguridad alimentaria. El liderazgo, en la mayoría de los casos, fue fomentado y fortalecido por la Iglesia. Las otras dos mujeres tienen esposos que eran líderes en la región.

Para las mujeres de estas historias de vida, las instituciones más importantes eran la alcaldía, las organizaciones y la Iglesia; el papel de ésta es preponderante en la construcción del tejido social del Putumayo. A pesar de que siempre hubo presencia de algún actor armado, podían hacer sus vidas con tranquilidad, ya que no existía otro actor que se disputara el territorio; por lo tanto se generaba cierto “equilibrio” en las relaciones del actor armado y la comunidad, pues ésta no se encontraba en medio de dos fuegos y no tenía que tomar decisiones frente a alguno de los bandos: “por acá siempre estuvo la guerrilla, que controlaba todo y a uno a veces le tocaba hacer lo que ellos decían, pero cuando llegaron las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia) todo se puso con mucha violencia”. La mayoría de las mujeres admira hoy a algún personaje público (Lucho Garzón, Ingrid Betancourt, padre Alcides Jiménez) que represente para ellas tesón y valentía, en el ámbito privado, admiran a sus esposos porque, a pesar de los momentos de maltrato, han sido “buenos” con ellas y sus hijos.

Tener tierra para cultivar y/o la casa propia para vivir es una importante condición para la felicidad de las mujeres que narraron su historia, pues es esto lo que genera arraigo y opciones de futuro para sus familias, ya que ellas como colonas han sufrido un primer exilio de su región de origen y asirse a lo que la nueva tierra les ofrecía se convirtió en un aspecto importante para la cohesión de la familia: “tenía una finca muy buena, tiene ocho ha de chontaduro, tiene caucho, son 42 en pasto braquiaria y bario, gramalote negro y varias luminosas, tenía bien organizada la casa (...) y dejar todo eso es lo más duro”.

Mujer adulta afectada por el conflicto: “las huellas de un segundo desarraigo en la piel... pero la vida sigue...”

De las seis mujeres autoras de estas historias de vida, a dos amenazaron a sus esposos los paramilitares, otras dos soportaron la desaparición de sus compañeros en manos de la guerrilla. El esposo y el hijo de una de ellas fueron asesinados en su casa por los paramilitares, dos hijos y la hermana de una de ellas fueron amenazados y desplazados por los paramilitares. Cinco de las mujeres son víctimas del desplazamiento forzoso y se consideran cabeza de familia, pues aunque dos de ellas aún viven con sus esposos éstos no han conseguido trabajo y a las mujeres les ha tocado asumir la responsabilidad económica y afectiva de la familia durante el desplazamiento.

Es claro que las mujeres desplazadas no sólo son las sostenedoras de las estrategias del desplazamiento, sino que deben soportar el mayor peso de la supervivencia familiar, redoblando sus esfuerzos para tratar de sustentar, en las más precarias condiciones, a sus hijos e hijas. Algunas de ellas lo manifiestan, aunque viven con sus compañeros:

ellos no van a trabajar por una migaja que les paguen, ellos dicen que no tienen porqué ir a regalarle el trabajo a nadie (...). Nosotros hemos hecho un análisis y decimos que las mujeres, en general, somos cabezas de hogar cuando somos desplazadas, cuando tenemos esposos desempleados, cuando son desempleados somos los jefes de hogar, por la violencia porque nos matan a los esposos, por ser viudas y casi siempre porque los esposos no asumen la responsabilidad, así de sencillo, porque ellos dejan que la mujer sea la que busque la forma de sobrevivir. Eso, ellos son más tranquilos, las mujeres nos preocupamos más y por ese mismo hecho nos dejan la carga a nosotros (...).

Las mujeres, como parte de los esquemas de explotación laboral femenina y de la responsabilidad que sienten por proteger y salvaguardar a los otros/as, trabajan por salarios y condiciones precarias, lavando ropa, en la galería, vendiendo puerta a puerta, pero

por lo menos llevamos algo de comer a la casa, lo importante es no dejar morir los hijos de hambre (...) porque acá en el pueblo se tiene que trabajar duro, uno se jode mucho, por ahí lavando ropa para el arriendo, energía, todo, agua; no como en el campo que uno cría gallinas, cría cachamas, pues en esa finca tenía de todo.

No es sólo la responsabilidad económica la que recae en las mujeres desplazadas, lo que se quiebra por el desarraigo se funda en los fragmentos de sentido que las mujeres pueden sostener como significantes: la memoria, la cultura, la historia de la familia, el afecto, lo que les permita ligar su nueva condición con algunos aspectos de

“normalidad” que vivían en sus territorios. En sus “nuevas casas” tienen por doquier aquellos elementos simbólicos que ligan sus afectos con la tierra y la historia que les fueron despojadas, una forma de resistencia a perder la memoria aunque sus miradas estén siempre puestas en el futuro: pequeñas huertas en los patios que ayudan al sostenimiento, al recuerdo y al sentir de la tierra; plantas y flores en ollas, canastos, latas viejas y frascos de colores de diversas formas que adornan sus espacios recordando la grandeza de la naturaleza que las rodeaba; fotos, en aquellos lugares en donde sería imposible no verlos de manera permanente, de sus seres queridos desaparecidos o asesinados. “(...) venga le muestro el diploma del Comité de Ganaderos (colgado en la sala), que se ganó mi esposo (asesinado por los paramilitares)”; “(...) este es mi hijo (señalando una foto en la sala de la casa), tenía 22 años”.

Debido a las nuevas responsabilidades asumidas por las mujeres se presentan transformaciones en los roles, pero no necesariamente en las jerarquías. A pesar de que después del conflicto, por condiciones que las han obligado a ello, participan más en las decisiones pero siguen consultándolas con los esposos o con los hijos mayores: “mi hijo es el que más me apoya porque él ya trabaja (...) yo hablo mucho con él sobre lo que hacemos en la familia”. Sus roles de madre y lideresa no prevalecen sino que se han fortalecido, buscan de manera permanente la protección de la familia y para ello se apoyan en la organización comunitaria: “(...) mi esposo a ratos se siente como muy indefenso, no sé, como muy nervioso y pues a toda hora busca la protección mía (...) las mujeres somos las que más llevamos del bulto, por nuestra sensibilidad y querer proteger (...)”, a pesar de que se desdibujan algunos de los roles de los varones, éstos continúan, desde la sombra, ejerciendo autoridad en la familia. Los roles de las hijas adolescentes o jóvenes se asimilan al de las madres, ellas las apoyan en las labores domésticas, estudian y protegen, a la vez, a sus respectivas familias:

mis hijas, pues también igual ellas les tocó asumir el mismo papel mío, o sea, asumir de padre y de madre cuando los esposos se fueron de ellas, asumir las consecuencias de la economía y cuidado de los hijos que llorando por el papá, que ¿dónde está?, que vamos donde mi papá, que mi papá ¿por qué no viene?, que esto y que lo otro, entonces ellas y al fin me tomaron el parecer a mí, mamá usted qué opina de esto, que esto, que hace, entonces yo como madre, usted sabe, que uno quisiera tener las hijas, protegerlas pero a veces la situación no le ayuda a uno y por otro lado que cada uno tiene que ser protagonista de su propia historia, yo les decía a mis hijas que a ellas les ha tocado duro.

Los hijos adolescentes o jóvenes tienen mayores dificultades para asumir la condición del desplazamiento, en palabras de una de ellas “los hijos (...) ellos no quieren arriesgarse al sufrimiento, ellos quieren vivir bien, ellos no aceptan que uno a veces tiene subidas y bajadas, en cambio a las hijas, ambas desplazadas, les tocó asumir como padre y madre en la economía y el afecto (...)”. Los varones de la familia (padre e hijos) se quejan permanentemente de su condición, pero no aportan lo suficiente para sobrellevarla o superarla.

Los conflictos familiares se presentan por diversas razones: la inestabilidad económica que genera problemas con las parejas, el cuestionamiento que hacen los hijos a su padre por la condición en la que viven, el sentimiento de soledad y desarraigo que vuelve irascibles a los miembros de la familia:

Los conflictos se daban entre todos. Allí unos le echaban la culpa a unos y los otros a los otros, bueno, los hijos que bueno que ustedes por andar metidos en esas organizaciones que no se sabe qué; que ahora nos van a llevar quién sabe dónde a sufrir y que los padres que no, que eso ya se vino, que eso es programado por el gobierno, por los cultivos (...) Bueno, eso es una sola discusión y porque pues no lo atienden a uno como es debido, lo mandan a uno de un lado para el otro (...) Un conflicto grande que tengo ahora es que mi marido no está, que me he quedado sola (...) le matan a uno la vida íntima; (...) Él se mantiene malgeniado, ya mi hijo volvió pero prácticamente como traumatizado era que él no quería hablar, a él le dio un trauma pero duro, él no quiere hablar, él no quiere salir (...).

A diferencia de lo que vivieron en su niñez, las mujeres dicen resolver los conflictos por la vía del diálogo, aunque reconocen que en algunas ocasiones hay situaciones de maltrato. Lo importante para ellas en los momentos de conflicto es elegir material y simbólicamente, de manera adecuada, las condiciones que le permitan una continuidad en la historia de la familia, es decir, mantener siempre la normalidad y llevar ella la carga psicológica y física que esto representa. Es claro ver a través de los conflictos familiares que hay una exigencia hacia las mujeres para que sostengan la memoria familiar (pasado), construyan estabildades que orienten la senda de sus familias (presente), y diseñen nuevos arraigos en el desconocido territorio (futuro).

En primera instancia, las organizaciones de mujeres, de desplazados/as y mixtas se convierten en los conductos para mejorar las condiciones económicas. En este primer momento las reivindicaciones políticas no hacen parte de sus prioridades, aquellas mujeres que han logrado un poco más de estabilidad en el nuevo

territorio tienen posiciones políticas frente sus derechos o la guerra, más claras y definidas; sin embargo, todas reconocen que en el espacio organizativo se sienten “valoradas y respetadas”, generando un vínculo afectivo con la organización que las ha apoyado en la reconstrucción de sus vidas.

El mayor apoyo afectivo lo encuentran en sus hijos e hijas y en sus madres. Ellas continúan siendo dadoras de afecto en sus familias aunque reconocen que algo se quiebra después de la vivencia que tuvieron, que hace que se sientan destrozadas, sin amor y sin sueños; no obstante persisten en la reconstrucción de “lo vital”: la unión de la familia, el cariño entre sus miembros, los valores familiares:

prácticamente por el conflicto mi familia toda se separó, la una para allá, la otra para acá, otro pues la falta de mi mamá que se murió tal vez fue por eso y la otra pues sería que no sé qué ya es cómo vivir una como sin amor, como que ya uno no vive como tranquilo, yo no sé como ya a toda hora vive uno como atemorizado (...) después del conflicto, como esposa me sentí pues sola y muy triste con todo lo que pasó, que más, como toda madre el sueño es tener su hogar completo, su unidad familiar (...) eso queda uno como que no come, no duerme, uno se siente destrozado, no tenía ningún sueño, no, no podía dormir (...) todavía me duele, no me pasa eso, para poder olvidar es más peor todavía, tengo muchos recuerdos de mi hijo, siempre estar viendo las fotos, los recuerdos es muy duro olvidar (...) que ya es como vivir una como sin amor como que ya uno no vive como tranquilo, yo no sé, como ya a toda hora vive uno como atemorizado (...) yo me sentía mal, yo no quería nada, yo me sentía como muerta como que todo había acabado para nosotros.

A pesar de frases tan dolorosas como las anteriores, las mujeres siempre visualizan el futuro con esperanza en que la paz llegue algún día a sus territorios, con esperanza en el retorno a la tierra, con esperanza en la vida.

Para estas mujeres afectadas por la confrontación armada el refugio afectivo está en la religión, profesan, sin excepción, un enorme amor a Dios, y consideran que esta opción les da fuerza para soportar su situación.:

(...) y a pesar de esta situación que estamos viviendo pero que hay un ser supremo, un ser poderoso que es Dios y después de que uno crea realmente en Dios, esté con él, él a uno lo ayuda a superar todas las dificultades, los problemas que uno tiene (...) mi Dios del cielo es el que me ayuda, otro nadie, en él he puesto todas mis fuerzas, otro nadie puede ayudarme (...).

Es importante anotar, sin embargo, que casi todas reconocen en las compañeras de la organización, la solidaridad y el apoyo en el que se

fundamenta el afecto; también sienten que lo que piensan y dicen es reconocido en este espacio: “(...) yo creo que la acogida que nos han hecho de todas formas aquí en Mocoa han sido las amigas, de pronto también unos familiares, pero las mujeres son las que han estado prestas a apoyarnos”; otra de ellas plantea que “gracias a Dios, hemos contado con la ayuda de otras mujeres, como Maura, que han hecho una red para que podamos trabajar vendiendo productos de Yanbal”. En este sentido el reconocimiento a otras que apoyan a las mujeres desplazadas, en una alianza de sueños, compartiendo en ocasiones esperanza y haciendo frente al poder patriarcal, desde una mirada como iguales, nos llevaría a preguntarnos si ¿en momentos de intervención directa del conflicto armado en la vida de las mujeres, el *affidamento*... se constituye en una herramienta fundamental de sobrevivencia. Las mujeres del Putumayo así parecen confirmarlo, pues confían en sus iguales, generando pactos de solidaridad que han fortalecido la organización de mujeres y la protección entre ellas.

Los sueños de las mujeres después de la acción directa del conflicto están relacionados con el retorno a la tierra, la estabilidad económica para ellas y sus familias, y el fin de la violencia del conflicto armado: “ese en mi sueño recuperar la finca, recuperar la tierra”; “mi sueño es estar en una parte, volverme a reubicar en una parte que esté tranquila con mis hijos y poder tener un trabajo digno”.

El eje cuerpo-maternidad es indivisible en la subjetividad de las mujeres, está presente cuando mencionan las amenazas hacia la vida de sus hijos porque ellos hacen parte del cuerpo de las madres: “(...) algunas personas nos decían ‘no se vayan, a ustedes no les han dicho nada’, ¿cómo que no nos han dicho nada?, no nos han dicho nada porque no han tocado con nuestro cuerpo pero si tocaron con nuestro hijos que es como un pedazo de la vida y el cuerpo de nosotros entonces eso es hacerle algo a nuestra familia”. Reconocen así la incidencia de los actores armados en el cuerpo y sexualidad de las mujeres que habitan los territorios en conflicto, explican cómo a través de la seducción las mujeres son utilizadas como mensajeras de uno u otro bando y después desaparecidas o asesinadas:

A las mujeres, cuando las utilizan por ejemplo para seducir a otro del bando contrario, por ejemplo, se han dado casos que las seducen y sacan información y luego las matan, hemos visto eso, nos han contado eso, es triste, nos están utilizando o cuando las utilizan también para transportar ilícitos, por ejemplo

mercancías o lo que se produce pienso que todo eso va para los actores armados y luego las utilizan para comprar sus dotaciones, sus cosas (...).

Aunque no hay suficiente claridad sobre el papel de la sexualidad después del conflicto, una de las mujeres que tiene su compañero desaparecido dice que “(...) el efecto del conflicto en el cuerpo de las mujeres es como matarle a una la vida íntima (...)”, referido a la privación de sus relaciones sexuales.

El cuerpo de las mujeres es utilizado en ese binomio conflicto armado-cultivos de destinación ilícita para transportar la droga procesada, convirtiéndolas en el eslabón más débil de la cadena y aprovechando la vulnerabilidad de muchas de ellas en su condición de madres cabeza de familia:

El conflicto aquí está muy ligado a la producción de la coca, donde hay producción de coca ahí están los actores armados, porque hay intereses económicos con lo que ellos se sostienen, entonces por qué son las mujeres, las que están en la cárcel, aquí en Mocoa, la mayoría en el 70% son mujeres que han traficado con su cuerpo o trasladando mercancías de un lado a otro.

Todas fueron afectadas en algún momento por las fumigaciones y expresan claramente los efectos de las mismas en el cuerpo de las mujeres:

El cuerpo de las mujeres sí es afectado por las fumigaciones, también hay muchas afecciones de la piel, y eso genera muchas alergias y a veces la gente no sabe por qué, y es porque también a veces les ha tocado en las fincas, me contaba por ejemplo una amiga que les tocó meterse debajo de unas hojas de un ramito porque el avioneta pasó por encima bañándoles con ese Glifosato. Afectaciones del sistema respiratorio también (...) Las fumigaciones también nos ha afectado, por eso también hubo desplazamientos, la gente también se desplazó e igual acá también la mujer tiene que “frentiar” la economía del hogar, algunas el esposo pues ha cogido para otro lado y las han dejado abandonadas porque pues de pronto los esposos están acostumbrados a coger su billete y a la hora acá pues no recogen nada, entonces ya no le gusta esa vida entonces agarran y se abren dicen ellos, deja a la mujer sola, entonces la mujer le toca acá responder por los hijos, entonces allí se afecta la mujer y también en cuestión de salud también las mujeres somos afectadas por problemas de salud, se enferman de cáncer, tantas infecciones que han resultado entonces yo a eso le achaco como dicen que me salieron esos brotes.

El fenómeno de los cultivos de destinación ilícita afecta a las mujeres en varias dimensiones: en el cuerpo lacerado por el veneno o agredido por el transporte de las mercancías hacia otros lugares; en las relaciones afectivas con sus compañeros o hijos, y en la condición económica.

Todas las mujeres tienen una participación activa en la comunidad, hacen parte de las organizaciones de mujeres, de desplazados y de grupos de la Iglesia. Una de ellas ha participado en elecciones populares. Cuatro de ellas tenían importantes vínculos comunitarios en el territorio que habitaban, el ejercicio del liderazgo no es una actividad nueva en su quehacer. La participación comunitaria está motivada por la necesidad de tener mejores condiciones económicas para sus familias a través de proyectos productivos, compra de tierras o de vivienda. Como se mencionó anteriormente, las reivindicaciones políticas de sus derechos como mujeres, está presente sólo en algunas de ellas: las que han logrado mayor estabilidad después del desplazamiento, las que han militado hace mucho tiempo en las organizaciones de mujeres o las que tienen un mayor nivel educativo.

Los lugares más frecuentados por las mujeres “(...) son la plaza de mercado, las reuniones del consejo de mujeres y las reuniones de Asmugebifa, allí trabajamos lo de los proyectos productivos, lo de la violencia a las mujeres y cómo salir adelante (...)”. La Iglesia también hace parte de este circuito. Las mujeres que habitan en los municipios en los que los actores armados tienen influencia plantean que el miedo y el temor le ha quitado vitalidad al tejido social y aunque valoran la existencia de las organizaciones sienten un enorme temor frente a la participación en las mismas:

(...) se puede decir que ahí estamos manejados por paramilitares, entonces se puso de que los de Caicedo no podían salir para lo rural porque ahí mismo le caía la guerrilla, y los del rural no pueden ir al pueblo porque ahí mismo le caen los paramilitares; (...) a la gente le da miedo participar porque ya no se sabe cómo lo miren a uno los paracos en las organizaciones (...).

En general, reconocen en la Ruta y la organización de mujeres el espacio que les posibilita superar algunos aspectos del desplazamiento y las secuelas de las acciones directas del conflicto en sus vidas. El encuentro con otras mujeres se convierte en la forma de resistencia más importante para ellas, en un espacio y una sociedad que las agrede de manera permanente, pero que a la vez les exige sostener y resolver los efectos del conflicto en términos sociales y familiares. Por ello tienen claridad, que es en la acción colectiva con otras mujeres en donde tienen la opción para “salir adelante”:

(...) yo le diría a las mujeres que la unión hace la fuerza (...) primero debemos ayudarnos entre nosotras y después ir a las entidades municipales y departamentales; (...) uno siente como que rabia, siente como venganza como

cosas profundas en el corazón, de que uno, no se, se ha roto un poquito, de que ahora yo me he unido a lo de la ruta pacífica, las mujeres pues han tenido diálogo con la sicólogas y con las mujeres pues ellas me han dado valor y yo otra vez estoy volviendo a coger motivación otra vez (...) entre las mujeres tenemos que seguir luchando y continuar trabajando por nuestros sueños (...) nosotras y otras mujeres sigamos diciéndole al estado y a los actores armados que queremos que cese la guerra (...).

Nuevamente la solidaridad, reconocimiento y apoyo de otras mujeres es la clave para avanzar un escalón en la recuperación de su identidad, la recuperación económica y tejer lazos que las afiancen en el nuevo y desconocido territorio.

En la dimensión de lo privado, las resistencias están orientadas a fortalecer su papel como transmisoras de valores a sus hijos e hijas: “con el conflicto pues estamos formando hijos para la guerra y eso no se quiere, es decir la idea no es formar hijos para la guerra sino para la tolerancia (...)”; de igual manera al sostener la continuidad histórica de la familia por medio de lo simbólico, de mantener viva la memoria, las mujeres se resisten a perder la identidad que las liga con el territorio del que fueron desplazadas.

La mayoría de ellas (cuatro) se asumen como víctimas inocentes del conflicto, dicen no entender las razones por las cuales vivieron tal situación: “no sé por qué nos pasó esos si a nosotros nos criaron siendo muy correctos en las cosas, no nos gusta lo malo, nos gustan las cosas que se hacen por la derecha... será pruebas de mi dios (...)”; y son ellas quienes en el momento de la acción directa no sabían qué hacer o a dónde acudir. En este sentido, son también quienes mayores dificultades han tenido para superar el desplazamiento. Es importante tener en cuenta que las políticas para desplazados asumen a las mujeres sólo como víctimas, lo cual puede contener el riesgo de borrar las marcas que reclamen en el futuro el reconocimiento de un lugar que se hace cargo de la memoria (rol fundamental de las mujeres) y recuerde a la historia del país lo que ha ocurrido.

Las dos mujeres con más experiencia en el liderazgo comunitario reconocen que el conflicto las afectó por la labor social que ellas o sus esposos hacían en las comunidades, reconocen los intereses específicos de los actores armados para resquebrajar el tejido y la organización social, y ellas como “la piedra en el zapato” para que no puedan avanzar en su objetivo. De esta manera reivindican su quehacer comunitario: “(...) hay personas que quieren manejar, imponer sus

ideales por encima de lo que sea, por la fuerza y que quienes obstaculicemos o estemos ahí interfiriendo de alguna u otra manera en sus propósitos, quieren sacarlos a como dé lugar, eliminarnos para poder lograr lo que se proponen (...)”.

El concepto de conflicto es manejado básicamente desde la esfera de lo público, muy referido al conflicto armado y a las fumigaciones de los cultivos de uso ilícito. Únicamente dos de ellas consideran que el origen del conflicto tiene causas estructurales.

(...) para mí un conflicto es por ejemplo ahora entre los grupos armados al margen de la ley, por ejemplo aquí en nuestro departamento del Putumayo el principal conflicto que se está dando de siempre, ya hace mucho rato es entre la guerrilla y los paramilitares (...) El conflicto es la muerte de mi hijo, la violencia y el desplazamiento, tener que perder todo lo que se robaron, la muerte de mi marido, de mi hijo (...) La fumigación de los cultivos también es un conflicto, pues con la comida pues fumigaron y fumigaron lo que fue todo lo que es comida, plátano, yuca, entonces todo murió por parejo (...).

Para todas, las prácticas de los actores armados son dañinas, sus efectos más importantes son “la destrucción de las familias” y los “problemas económicos que se dan en el desplazamiento”. “Le han hecho mucho daño al país, le han hecho mucho daño a las familias colombianas, mucho daño, mucho secuestro, mucha extorsión, mucho desaparecimiento, mucha muerte, ellos le han hecho mucho daño a la vida del ser humano”. No consideran que éstos actúen por convicción política sino por objetivos determinados que reconocen básicamente como económicos alrededor del negocio de la coca:

(...) el cultivo de coca, pues decíamos antes que era muy bueno, porque uno decía, no, yo sembrándome mi hectárea de coca, que más vida, yo con esto me mantengo, les doy estudio a mis hijos, les mando no más a estudiar, y listo, pero no mirábamos que más tarde también nos iba a perjudicar, pues no por nada pero yo digo que ese fue el perjuicio que, para que la guerrilla cogiera pie (...).

También aquí surge una pregunta importante: ¿quién se queda con la tierra de las mujeres desplazadas? Una vez las familias huyen, los actores armados se apoderan del territorio política y físicamente:

(...) ellos siempre se van a las partes más aisladas de los pueblos, donde no hay ejército, no hay policía, para poderse apropiarse de las tierras, tan sólo para eso, porque ellos, pues no es que yo esté tan segura, pero si dicen que las fincas de nosotros, las tienen metiéndoles más coca antes ellos; (...) en la finca no quedó nadie...todo se lo robaron (...).

En la esfera de lo privado, todas sienten gran temor frente a las prácticas de los actores armados, fundamentalmente porque les da

miedo la muerte “sin saber la razón por que lo vayan a matar a uno” o porque si a ellas les ocurre algo, la familia y los hijos e hijas quedarán desprotegidos:

me da miedo que a cualquier hora le dejen a uno por allí el niño volando, si uno se muere, con morir acaba, pero el que queda, queda luchando (...) Me da miedo, temor, de encontrarme esos grupos, más que todo la guerrilla, porque yo estoy viviendo la incertidumbre del desaparecimiento de mi esposo, yo no sé de pronto eso que consecuencias generará con el paso del tiempo (...) Me da miedo la violación del derecho a la vida (...) el temor me afecta yo creo que en la cabeza, el cerebro, la mente (...).

Las mujeres del Putumayo son, de alguna manera, optimistas frente a la resolución del conflicto. Esperan del Estado apoyo económico que ayude a superar las condiciones de pobreza en las que las deja el desplazamiento, esperan poder recuperar la tierra que dejaron y el retorno a su cultura, a su territorio. Algunas esperan que el Estado combata con autoridad a los grupos armados: “(...) esa gente es muy mala (paramilitares) esa gente no, que quiten esa gente, vivimos es, vivimos es nosotros humillados por esa gente, tanto como unos y los otros, que la quiten como, que el gobierno no dice que la van a quitar, que la van a perseguir a matarla? (...)”; “yo espero que el Estado no apoye más estos grupos, que apoye empresas y que trate de acabar las armas que es lo que por las armas es que estamos ahora en la violencia”. De los grupos armados esperan que “recapaciten”, “que dejen las armas” o “que respeten los derechos humanos”.

Impacto del conflicto armado en la vida de las mujeres

Las mujeres reconocen que los impactos y efectos del conflicto armado en sus vidas van desde la insatisfacción de las necesidades básicas, hasta condiciones que no tienen que ver con aspectos materiales como los traumas sufridos por ellas y sus hijos e hijas después de las acciones directas. El impacto más reconocido es el desplazamiento y sus consecuencias en la vida de las mujeres que lo viven, consecuencias relacionadas con el peso que representa para las mujeres el sostenimiento del proceso del desplazamiento en el ámbito afectivo y económico:

en los desplazamientos, las mujeres han quedado viudas, han matado a sus familiares, y ahí las mujeres, llevamos del bulto ocupamos el último lugar en la desconsideración, porque si matan al esposo, pues él se muere y ya, se murió, se acabó esa vida, se acabó, la mujer es la que queda cargando con los hijos, cargando con los familiares, con los papás porque de pronto ya son muy

ancianos, y con mucha otra gente, y de repeso más desplazadas, le toca irse a otro lado, esa es una carga muy grande y muy pesada para las mujeres (...) una familia se desplaza, llegan a un lugar y ahí es difícil para conseguir trabajo para el hombre, mientras que para la mujer pues es más fácil, pues de pronto por ahí aun cuando sea lavando platos, haciendo aseo, en una casa, se gana la vida, pero entonces, es ella la que se va a echar esa carga, mientras que el hombre, él se va a quedar en la casa porque no encuentra trabajo, no hay un trabajo para él, y las mujeres tienen que hacer hasta lo imposible, para sacar adelante a su familia.

No sólo los efectos vividos en la esfera de lo privado fueron mencionados por las mujeres, también efectos que hacen parte de la esfera de lo público fueron motivo de reflexión. En este sentido, otro de los impactos mencionados por las mujeres está relacionado con las fumigaciones y la política antinarcóticos que se aplica en el sur del país:

(...) detrás del conflicto armado vienen las fumigaciones, las mujeres acá en nuestro departamento, nos han contado muchas mujeres, las experiencias que han tenido, y en especial las mujeres gestantes, las embarazadas, ellas han perdido a sus bebés a consecuencia de la fumigaciones, el medio ambiente contaminado, cuando los gringos y los que andan haciendo las fumigaciones, para ellos eso no es nada, pero nosotros sí lo hemos vivido en carne propia, las mujeres nos han comentado esta situación que ellas han padecido, y en los centros y en los puestos de salud también nos han contado de que muchas mujeres han tenido estos problemas de abortos, porque las fumigaciones les ha caído y ellas han perdido sus bebés (...)

Yo también lo sufrí en carne propia, el día que fumigaron, al otro día, mi hija que estaba en embarazo, tenía cuatro meses de embarazo y al otro día, inmediatamente se le vino la criatura, hicimos lo posible aquí en el hospital de Puerto Caicedo, en Puerto Asis y fue imposible pues detenerlo el niño se le, nació muerto, y fue a causa de la fumigación, también fuimos afectados con 20 ha de maíz, que teníamos sembrado, ya estaba próxima para echar la espiga cuando lo fumigaron y todo lo perdimos (...).

Igualmente la posibilidad de organización política y social de las mujeres del Putumayo se encuentra afectada por la incidencia de los actores armados en las actividades de la vida civil. Específicamente las mujeres de las zonas rurales del Departamento manifiestan la imposibilidad de circular libremente por el territorio y, por lo tanto, la dificultad para asistir a reuniones comunitarias:

(...) yo estoy muy preocupada puesto que mis compañeras como mujeres indígenas, estamos en una grave situación, puesto que en mis comunidades, no pueden las mujeres, pues hacer presencia en estas reuniones tan importantes para nosotras puesto ya en el camino, a toda hora, las están, como se dice un retén a toda hora de parte de los AUC e igualmente de la guerrilla, entonces ellas no se pueden venir, pues en esos retenes bajan a las mujeres, igualmente los

hombres sus hijos, y son requisados, maltratados, y así ellas no deban mejor dicho nada, ni ellos tampoco, pues son personas de que las bajan y como acababa de decir, las maltratan y luego pues el que si es dejarlo, lo dejan en ese camino, y a las mujeres se les maltrata con palabras muy graves (...).

De esta manera podemos conocer también cómo se presenta una nueva modalidad del ejercicio de la violencia: el confinamiento, pues hay poblaciones enteras que no pueden salir o movilizarse en el territorio: “(...) es de tres comunidades, de cuatro comunidades se puede decir, que están es como secuestrados en ese monte”.

De forma muy clara, una de ellas expresó cómo la situación que viven hoy las mujeres y los habitantes del Putumayo menoscaba de manera permanente el Estado de derecho: “(...) nos consideramos que vivimos en un país social de derecho y si estamos en un país social de derecho pues podemos hablar, podemos expresar lo que sentimos, y lo que queremos, lo que pensamos, pero realmente aquí con los actores armados, pues es muy complicado (...)”.

Una de las mujeres enunció varios efectos de la guerra en la vida de las mujeres en el ámbito privado y público de la siguiente manera:

(...) los actores armados entran a desintegrar la familia, como se van desintegrando las familias, a través de las muertes, las desapariciones, de los miembros de la familia, los desplazamientos, entonces eso incide mucho en la parte familiar, a nivel social y comunitario ya es el temor, la angustia, las pérdidas económicas, el deterioro del tejido social, bueno eso tiene una cantidad de aspectos como por analizarlos y de pronto uno se pone como a profundizarlos y hay como bastante que considerar no, pero también los actores armados afectan a las mujeres desde sus propios cuerpos porque algunas mujeres las toman como botín de guerra, “algotras” las colocan en el ámbito de que sean personas de que den una información, que vayan, que vengan, que a usted la tenemos como una persona inmersa en este ámbito para que usted nos cuente, para que usted nos diga, y después de un tiempo de que han utilizado a esas mujeres, pues las desaparecen también, no, las desaparecen también no sabemos si las matan, las sumen en la selva, que es lo que pasa con ellas y también otro aspecto que es de analizarlo que es muy, muy delicado, es con respecto a las violaciones, o sea también violan, nuestros cuerpos se convierten en objeto de violación, y en muchos casos los actores armados también incrementan el madre solterismo, o sea, seducen convencen a muchas mujeres, y después terminan siendo madres y en su gran mayoría según los registros, hablados pues de las mujeres, que nos comentan eso, nos dicen no pues uno queda embarazada, ya le toca asumir las consecuencias y los gastos de aquí en adelante, cuando “algotros” no solamente las abandonan, sino que a algunas les exigen abortar, no, y “algotras” les dan maltrato físico (...).

Cambios más significativos en la vida de las mujeres provocados por el conflicto

Respecto a los cambios que sufren las mujeres después de que son afectadas de manera directa por el conflicto armado, toma una gran relevancia los aspectos relacionados con la superación emocional y afectiva del impacto. El miedo y el temor se convierten en compañeros constantes de la vida de las mujeres y son sometidas, de alguna manera, a otro tipo de confinamiento: el de sus casas, esta situación podría favorecer la permanencia de los roles tradicionales de las mujeres, limitándoles su actividad y participación social, y fortaleciendo la cultura patriarcal:

(...) uno de los cambios más significativos de los que tienen las mujeres es en su parte emocional, y psicológica, o sea las mujeres, quedan o quedamos con esa angustia interna como que todo lo que nos pasa alrededor, nos recuerda que va a volver a suceder esa situación no, ya si alguien va en una moto, y sobre todo uno ve que van dos personas en moto, inmediatamente uno piensa de pronto aquí van a haber tiros o me van a matar o va a pasar algo, o si uno va por una carretera y uno dice ve cuatro carros parados uno dice un retén (...) muchas mujeres ya no, no queremos salir a la calle, o sea como que, sumergirnos en nuestras casas, nuestros hogares, que nadie nos mire, que nadie nos hable, porque ya uno va a hacer uso de la palabra ya está con el temor, si yo hablo qué me puede pasar, qué me puede suceder (...).

Otra de ellas dice: “(...) nos volvemos ya es negativas, y lo peor de todo es que nosotros acá en nuestro medio, pues el problema sobre todo es psicológico, las personas no podemos salir de allí, no tenemos una persona que nos ayude (...) ya nos volvemos desconfiadas, ya mejor dicho la vida parece que se acaba”.

La fortaleza organizativa de la sociedad civil del Putumayo es aún frágil y las incursiones armadas directas debilitan de manera inmediata la organización; las mujeres buscan refugio y la protección de la vida al interior de sus hogares, y aunque siguen perteneciendo a las organizaciones, preservar la vida de ellas y sus familias es su principal función y su principal forma de resistencia.

Respuestas de las mujeres al conflicto

Las respuestas de las mujeres al conflicto son variadas y se mueven entre la sumisión y la resistencia. Dependiendo de la intensidad y la fuerza de la incursión armada o de la amenaza, las mujeres responden obedeciendo en algunos momentos a los actores armados,

enfrentándolos en algunas oportunidades o desplazándose en otras, pero en todos los casos la preservación de la vida de ellas y sus familias es la reflexión fundamental para tomar cualquier decisión.

Una de ellas narra la forma como valientemente enfrentó a uno de los grupos armados:

(...) las autodefensas fueron a descargar unas armas a mi casa, y entonces yo les dije que no, que yo no podía guardarles esas armas, y las habían dejado porque yo no estaba, pero al otro día ya fueron por eso y yo les dije que no, que no les podía guardar más esas armas, que se las lleven todas, pero entonces un señor, con una cara muy fea me dijo pues qué, por qué, entonces yo les dije que porque no, que yo era concejala y a mí el pueblo me había elegido era para que trabajara por el pueblo y no para que les guarde armas a las autodefensas (...)”;

Otra, en este mismo sentido dice lo siguiente:

(...) y yo digo que por experiencia propia, uno en ese momento, sobre todo cuando uno está convencida de que están actuando mal, porque hay algunas acusaciones que son mentira uno saca valor y uno se enfrenta, no, uno en ese momento dice, como sea de pronto uno lo asume como hasta entregar la vida de uno, por salvar otras vidas no, uno como que asume eso, porque dice de verdad como que es injusto, no, cómo van a llevarse personas, cómo van a desaparecer personas (...).

Se convierte en un deseo y en una necesidad irrenunciable de las mujeres del Putumayo la irrupción pública de su palabra, la denuncia de los atropellos hacia sus cuerpos y la búsqueda de la solidaridad de otras mujeres para que aquellos no se queden en la impunidad:

Ya es tiempo de que las mujeres no nos quedemos más calladas de ver que esta violencia cada día se va fomentando más y más y las mujeres no podemos estar desapercibidas de tanta violencia de nuestro departamento, de nuestro territorio de Colombia, y ya es forma de buscar las mujeres, de una forma pacífica la unión para protestar ante nuestro gobierno nacional y ante el estado civil y todo el pueblo en general, manifestarles que las mujeres nos sentimos totalmente violentadas y que esa violencia de nuestro país tiene algún día que cambiar (...) Yo pienso que debemos demandar, denunciar tanto atropello y tanta cosa que están pasando porque, no podemos quedarnos calladas todo el tiempo, esperando que le pase algo a la vecina, al vecino, y nosotros ay que miedo; qué vamos a hacer, entonces en primera instancia demandar, denunciar, en segunda instancia estar unidas, organizadas, pues tratar de que esa unión, de que esa fuerza, ese eslabón no se suelte, si de pronto le sucede algo a nosotras, pues las demás apoyarnos las unas a las otras para que no vaya a pasar nada, porque, pues si pasa algo pues de que no llegue tampoco a trascender las cosas, porque cuando, miran que alguien una persona tiene el apoyo de las demás personas, pues está unida, se siente como acogida a su alrededor, como que la están acompañando (...).

Sin embargo, otra de ellas manifiesta cómo el Ejército Nacional la obligó a convertirse en informante bajo amenazas y ella tuvo que acceder:

(...) de ese tiempo era vendedora de avena, y cuando pues, era el ejército, que me llamaron, que me dijeron, esta es la buena para eso que estamos necesitando. Pues yo como que sentí temor cierto, por decir así, pero sin embargo me les acerqué y les dije yo, en qué soy, pa qué soy útil, dijeron no, sabe qué?, coja su traste de avena y se me va, a ocho horas de camino a cierta parte, y usted lo que va a hacer es que, va hacer que anda ofreciendo su venta, pero usted no anda en eso sino, que va, con una huella de tal y tal forma. Y yo de verdad, yo me fui frescamente, que avena, avena, avena, y yo que a uno y a otro le hacía ciertas preguntas, a ver que cogía y no. Y bueno me dijeron ellos vea, a tales horas tiene que estar aquí, porque si no está a la hora que le decimos, cuando venga le cortamos la lengua. Y así fue que yo anduve lo más rápido que pude antes de que llegara a esa hora, y llegué aquí al pueblo y de verdad estaban aquí esperándome, y cuando dijeron, ve, viene la negra, qué guapa qué mujer echada para delante y me felicitaron porque no mostré nada de temor y cumplí con el mandado y aquí estoy gracias a Dios. Y de verdad uno no sabe qué hacer a esas horas, verdad uno no sabe qué hacer. Pues claro, gente armada. Si no lo hacía que me cortaban la lengua me dijeron. Pues me tocó que hacerlo sí señora.

A pesar de la vulnerabilidad del tejido social en la región, las mujeres también responden buscando apoyo en las organizaciones y la solidaridad en otras mujeres que son sus vecinas o amigas, no sin antes reconocer que el miedo provocado por las intervenciones armadas genera en primera instancia, inmovilidad de las organizaciones que poco a poco se fortalecen nuevamente; específicamente las organizaciones de mujeres son las que han tenido mayor permanencia en la comunidad a pesar del conflicto y de los momentos de repliegue:

(...) muchas mujeres buscan refugio como en la organizaciones, preguntan, mire está pasando eso, me dieron tanto tiempo, qué se puede hacer, cómo me pueden colaborar ustedes, o sea como de, al menos decir esto me está pasando, así pásele lo que le pase posteriormente para que no se quede tanto en la impunidad, de que no se sepa quiénes fueron o por qué (...) Después viene así como unos días, un lapso de cómo de adormecimiento, todo el mundo como que súper triste, súper aburrido alicaído, nadie quería absolutamente nada (...) pero quienes somos las que estamos más ahí?, como al frente, como organizando, como trabajando, sobre todo somos, somos mujeres, entonces yo creo que llega un momento después de que para la angustia y todo eso, viene la resistencia (...) nosotras las mujeres, aquí siempre las mujeres, en esta oficina han estado al frente de todas las situaciones (...).

Por qué cambia la vida de las mujeres después del conflicto armado

Las mujeres coincidieron en que uno de los efectos más graves del conflicto son las secuelas emocionales y afectivas que dejan en sus vidas las acciones directas y que no son atendidas, especialmente porque a las mujeres les toca el sostenimiento del conflicto y nunca pueden resolver sus duelos. Es interesante ver cómo a diferencia de las mujeres desplazadas cuyos efectos más sentidos son los relacionados con la parte económica, quienes de alguna manera tienen resuelta dicha situación, otorgan importancia a los aspectos que han sido invisibilizados por la sociedad y el Estado: “yo creo que atención psicológica es como lo primero que debe estar ahí”; “(...) Se dan cambios en la parte emocional, psicológica y afectiva. No volvemos a ser las mismas, vivimos con temor de que algo malo va a pasar y nos volvemos negativas (...)”.

Se plantea también que la vida de las mujeres cambia cuando les toca asumir la responsabilidad económica y afectiva de la familia a ellas solas, porque sus compañeros no consiguen fácilmente trabajo o porque son asesinados o desaparecidos, y ellas se convierten en jefas de hogar: “Las mujeres tienen que asumir la responsabilidad de las familias cuando son desplazadas porque los maridos no consiguen trabajo”.

Concepto de sí mismas en el conflicto

Se da también un reconocimiento a la fortaleza y la resiliencia de las mujeres afectadas por el conflicto, de acuerdo con sus expresiones: las mujeres somos inquebrantables ante la adversidad, a pesar del sufrimiento, siempre hay fuerza y esperanza para ofrecer a las familias:

(...) Somos fuertes. Aun a pesar después de esa situación de conflicto. Lo que yo les decía que uno saca valor de donde no lo tiene (...) uno como que mi Dios le da esa fortaleza (...) Yo creo que sobre todo somos resistentes, o sea resistimos hasta donde podamos resistir, pero haciendo como, sopesando las situaciones y todo lo que pasa, yo creo que es de resistencia, no tanto de victimarias de que todo el mundo nos mire y nos diga pobrecitas no.

Todas expresaron la fortaleza que tienen para sostener el conflicto y no dejar que se derrumben sus familias, esto implica que ellas no puedan resolver sus duelos y desarraigos, ya que su ética del servicio y las nuevas precarias condiciones que les toca vivir les impiden hacerlo. Su única herramienta ahora que les permite ligar el presente con el

pasado y con el futuro es la esperanza: la esperanza de un mejor futuro para sus hijos e hijas, la esperanza en el retorno a la tierra y la esperanza de un territorio en paz.

alejamiller@unicacua.educo

Alejandra Miller Restrepo. Economista y magistra en Estudios Políticos, Departamento de Economía, Facultad de Ciencias Contables, Económicas y Administrativas, coordinadora del Grupo “Mayras” de Educación, Género y Desarrollo, Universidad del Cauca; Coordinadora de la Ruta Pacífica de Mujeres de Colombia, regional Cauca.

Recepción: 26 de enero de 2005

Aprobación: 18 de febrero de 2005

Bibliografía

- Revista *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* 5(10): 143-162, U de Colima, Mexico, 1999
- Centro Legal Para Derechos Reproductivos y Políticas Públicas (DEMUS) (1997), *Estudio para la defensa de los derechos de la mujer*, New York: Mujeres del mundo: Leyes y políticas que afectan sus vidas reproductivas.
- CEPAM (1990), *Cuatro obras de mujeres*, Experiencia del centro de mujeres de Solanda.
- Espinosa, Miryam Amparo (1998), “Práctica social y emergencia armada en el Cauca”, en Sotomayor, María Lucía, *Modernidad, identidad y desarrollo*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología y Colciencias.
- Feixa, Carles (2003), “La imaginación autobiográfica”, en *Desafíos de la investigación cualitativa*, Bogotá: Revista Nómadas, Universidad Central.
- Godard, Francis y Robert, Cabanes (1996), *Uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales*.
- Haraway, Donna (1995), *Ciencia y mujeres. La Reinención de la Naturaleza*, Ediciones Cátedra.
- ISIS internacional y Mudar (1987), *Mujeres por un desarrollo alternativo*, núm. 9, Ediciones de las mujeres, Mujeres, crisis y movimiento, América Latina y El Caribe.
- Mies, María (1998), *¿Investigación sobre las mujeres o investigación feminista?. El debate en torno a la ciencia y la metodología feminista*, México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.
- Memorias de la III Cumbre de gobernadores de la región del sur de Colombia (2001), San Juan de Pasto, 20, 21 y 22 de septiembre.
- Navia, Carmina (2003), *Guerra y paz en Colombia. Miradas de mujer*, Cali: Universidad del Valle, colección la tejedora-Escuela de estudios literarios.

- Portela Guarín, Hugo y Grupo Antropos (2002), *Hacia la construcción de programas integrales de salud en las comunidades indígenas del Putumayo*, Popayán: Universidad del Cauca ECOPELROL.
- Pujadas Muñoz, Juan José, *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*, Centro de Investigación sociológicas, cuadernos metodológicos.
- Ramírez, María Clemencia (2001), *Entre el Estado y la Guerrilla: Identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos Cocaleros del Putumayo*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Riaño Alcalá, Pilar (1999), "Recuerdos metodológicos: el taller y la investigación etnográfica", en revista *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, México: Universidad de Colima.
- Ruta Pacífica de Mujeres de Colombia (2003), *Efectos del conflicto armado en las mujeres y formas de resistencias*, Proyecto de investigación, Medellín.
- Torres C., Alfonso y Lola, Cendales, *Los otros también cuentan. Elementos para la recuperación colectiva de la historia*, Bogotá: Alternativas Pedagógicas, Dimensión Educativa.
- Valles, Miguel (2000), *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*, Madrid: Síntesis.
- Vargas Mesa, Ricardo (2003), *Drogas, conflicto armado y Desarrollo Alternativo. Una perspectiva desde el sur de Colombia*, Novib, Embajada de la Alemania.
- Vásquez, María Eugenia (2001), *Escrito para no morir*.